

José Luis Scarsi

TMEIIM: LOS JUDÍOS IMPUROS

HISTORIA DE LA ZWI MIGDAL



Muestra distribuida por la editorial

Índice

Prólogo	7
Las huellas en el tiempo	11
Capítulo 1. Buenos Aires, 1875	14
La ciudad y su contexto	14
Controles y transgresiones	24
Capítulo 2. El desembarco	32
La primera generación	32
El Puente de los Suspiros.....	42
Corrientes 509	49
Sobre los controles médicos	57
De mujeres extraviadas y una ciudad lejana.....	64
Sobre la policía: acciones y omisiones.....	73
La vida en la ciudad	79
El final de una etapa.....	81
Capítulo 3. Tmeim: los judíos impuros	83
Algunos hombres despreciables	83
Otros hombres laboriosos	92
Las mujeres sin opción.....	99
Los rufianes se organizan	105
El mítico Migdal	107
Noé Trauman en la fantasía popular	110
Los hechos	116
Que la vida y la muerte los separe	123
Capítulo 4. Los dos cementerios judíos	128
La Sociedad Aschkenasi	128
Llega la Varsovia	138

De rusos, rumanos y polacos	147
Capítulo 5. Informe de situación	150
Buenos Aires, nuevo siglo	150
Puertas adentro	160
Impunidad. Cuando la autoridad mira para otro lado	175
Impunidad. Para el arreglo se necesitan dos.....	178
Patrimonio inmobiliario y religiosidad de los tenebrosos	186
Capítulo 6. La Sociedad de los rufianes	196
Todos y cada uno de ellos	196
Capítulo 7. Raquel Liberman. Historia, versiones y misterios	217
La lucha contra la prostitución organizada.....	217
Alsogaray. Un comisario en el centro de la escena	233
La lucha contra los rufianes	239
Raquel Liberman. Una primera versión	243
Raquel Liberman. Una versión novelada	246
Raquel Liberman. La verdadera historia	249
El camino a Buenos Aires	257
Raquel Liberman. Un final anunciado	264
La lucha continúa	283
Capítulo 8. Últimos pasos después del fin	287
Otro cementerio para los rufianes	287
El último reducto	292
¿Qué fue de la sede de la Avenida Córdoba?.....	297
Capítulo 9. Qué pasó con el cementerio en Avellaneda?	299
Reseña de los hechos más sobresalientes	299
Visita a la fracción 15	306
Lista parcial de inhumados en el cementerio Zwi Migdal, Avellaneda	320
Bibliografía.....	324

Prólogo

El lapso de 60 años en el que la prostitución fue una actividad tolerada en la ciudad de Buenos Aires y, por lo tanto, regida por una serie de ordenanzas y reglamentos, comienza en 1875, cuando aún no se habían acallado los últimos disparos de las guerras civiles. Continúa atravesando los sucesos de 1880, la Revolución del Parque una década después, la ola inmigratoria, la violencia y el fraude político, las luchas sindicales, el voto secreto y universal, la Reforma Universitaria, los gobiernos populares, la Semana Trágica, los fusilamientos de la Patagonia y el golpe militar de 1930. Cuando finaliza, en 1936, lo hace en un clima creciente de xenofobia y avance de las ideas fascistas.

En todos esos años, los actores del negocio prostibulario fueron cambiando –al igual que la sociedad cambió en los procesos mencionados– y no se corresponden con la imagen estereotipada y única que se suele tener de ellos. El intento de este trabajo es brindar un acercamiento al escenario de los hechos y a los protagonistas que en él participaron. Se enfoca sobre los proxenetas judíos, ya que sin ser este grupo el más numeroso ni el de mayor actividad, es el que ha dejado mayores registros de su accionar tanto de manera material y concreta, como también de forma simbólica en el imaginario popular.

No ha de resultar casual ni discriminatorio referirse a todos estos individuos, llegados de Europa del Este, como rufianes judíos. Ellos mismos, sin importar su nacionalidad, se reconocían y vinculaban por medio de su pertenencia religiosa. Tenían rasgos particulares que los identificaban en sus orígenes, en sus negocios y hasta en la concepción global de su época.

Mientras que los rufianes italianos, franceses, españoles y criollos que operaban en la ciudad eran abarcados por el colectivo de la nacionalidad y, a la vez, integrados como sujetos activos en las prácticas sociales, comerciales y religiosas de sus respectivas comunidades, la colectividad judía se esforzó por identificar y expulsar a los tratantes de blancas, a quienes veían como seres despreciables. Desarraigados, pero aún portadores de sus tradiciones y una fe *sui generis*, se dieron a la tarea de reproducir las instituciones, sociales y religiosas, de las que habían sido separados. De esta manera, se visibilizaron y dejaron

sus huellas, agrupados bajo la figura de una sociedad de socorros mutuos. Así, se las ingeniaron para administrar un cementerio propio, una sinagoga y una palaciega sede social. Tuvieron la capacidad de moverse dentro del marco legal y al igual que cualquier otra institución de su tipo brindaban el auxilio debido a sus asociados. Este es, precisamente, el argumento por el cual hablamos de rufianes judíos a la hora de identificarlos.

Podríamos hacer el intento de agrupar en tres años referenciales el arribo y desarrollo de cada uno de los contingentes de inmigrantes que se vincularon con el comercio sexual: 1870, 1895 y 1920. Cada grupo, con sus intereses y motivaciones propias, separado por períodos de 25 años, podría ser identificado como generaciones independientes pero unidas en el tránsito de un mismo camino. Los primeros en llegar lo harán luego de haber explotado el comercio en Europa y el norte de África. Viéndose perseguidos por las autoridades de aquellos continentes, desembarcan para probar suerte en las ciudades costeras de América. Con el inicio de sus actividades en Buenos Aires y la pronta expansión del negocio, serán quienes, de manera más o menos directa, forzarán la necesidad de una legislación que le otorgará un marco legal al ejercicio de la prostitución. Son estos hombres los que comienzan a traer contingentes de mujeres europeas con el fin único y declarado de la explotación sexual.

En la segunda generación, cuyo número de componentes fue muy superior al de la anterior, podemos encontrar una marcada serie de tensiones y luchas internas que se prolongarán durante el primer lustro de su actividad, dando como resultado la creación de una sólida organización en la que todos se encolumnarán bajo una única autoridad central.

La tercera generación llevó el límite de sus capacidades a su máxima expresión. Ya no solo fueron verdaderos empresarios del bajo mundo, sino que, además, diversificaron sus tareas en proyectos económicos de carácter legal. Tenían excelentes conexiones y se hacían llamar señores por los cuadros más destacados de la policía. Las rápidas e importantes fortunas que habían logrado no conseguían ocultar su pobre y desdichado origen. Sin embargo, se empeñaban en sobrecargar su entorno haciendo uso reiterado de la ostentación. Esta conducta, vale tenerlo en cuenta, no se diferenciaba en nada del derroche al que se había acostumbrado la acaudalada élite porteña del Centenario, cuya fiesta siguió en la Argentina de posguerra.

Rufianes y madamas que ejercían su crueldad y violencia sin límites sobre jóvenes inocentes, carentes de toda maldad. Hombres de oficio ruin que recorrían los poblados de Europa del Este seduciendo a humildes campesinas con la tentadora y reiterada promesa de bienestar en el Nuevo Continente. Familias engañadas en su buena fe que entregaban a sus hijas con la esperanza de un buen casamiento. Ya fuera que parte de estas historias –contadas en blanco y negro, donde conviven sin matices buenos y malos– haya sido sobredimensionada para generar conciencia sobre la existencia de un grave problema social; o que las mujeres, sus familias y la propia sociedad que las expulsaba se apropiaran del discurso de la victimización como una manera de ignorar cierta responsabilidad en los hechos, lo cierto es que, durante décadas, muchos autores han abrevado en las fuentes de esta novelesca construcción que poco tiene que ver con la realidad.

Solo la falta de cuestionamiento al discurso oficializado a fuerza de reiteración puede justificar que todas las muchachas fueran consideradas como niñas engañadas carentes de todo discernimiento; mientras que los proxenetas eran presentados como lo más aborrecible de la raza humana. Hay que tener presente que, en este esquema binario que proponía la sociedad patriarcal, las mujeres carecían de todo tipo de derechos. Aceptar que pudieran ingresar al mundo de la prostitución por decisión propia y sin mediar engaños, era otorgarles la capacidad para cuestionar y poner en peligro el sistema imperante.

El tráfico con destino a los prostíbulos de Buenos Aires fue de tan veloz crecimiento que, en unos pocos años, la ciudad pasó a ser vista como el mayor centro mundial de perversión y comercio inmoral. Si bien esta caracterización puede resultar un tanto excesiva, hay que considerar que provenía, principalmente, de organizaciones inglesas de protección a las mujeres, que no podían dejar de lado ciertos prejuicios referidos a la conducta de los latinoamericanos y a la importancia que su economía comenzaba a tener a nivel mundial.

Con una gran dosis de hipocresía, los moralistas europeos señalaban la situación en América; mientras que, en sus propias ciudades, el número de prostitutas superaba en miles a las que se podía encontrar en Nueva York, Buenos Aires o Río de Janeiro. Habría sido más atinado reconocer los millones de jóvenes empobrecidas abandonadas a su suerte en el Viejo Continente. Ellas eran las que huían por el hambre, la falta de oportunidades, las persecuciones religiosas y otras varias razones de un sistema injusto que las excluía.

Sabemos que la denominación “trata de blancas” conlleva un carácter discriminatorio y a la vez resulta anacrónica. Hoy, existe un consenso universal que prefiere hablar de trata de personas. Sin embargo, hemos preferido la utilización de esta terminología, ya que se ve justificada al ser empleada dentro del contexto temporal y conceptual de los sucesos narrados.

El mayor desarrollo de esta actividad se inicia en coincidencia con las décadas de miseria que impulsaron a vastos sectores de la población europea en su sueño transatlántico. Habrá que sumarle a esto la limpieza étnica desatada con los *pogroms* del imperio zarista de los Romanov y agregar la responsabilidad que les cabría a aquellas sociedades europeas, generando millones de parias, para comprender que cualquier burdel porteño ofrecía muchas más esperanzas y mejores oportunidades de las que existían en una aldea judeo-polaca a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Es importante recordar que la mutual en la que se agremiaron cientos de estos indeseables fue conocida en las tres primeras décadas del siglo XX como Sociedad de Socorros Mutuos Varsovia. No obstante, un repentino cambio de nombre en 1929 y un proceso judicial que encontraría enorme repercusión en la prensa al año siguiente, bastarían para grabarla a fuego, en la memoria colectiva, como Zwi Migdal.

Serán el comisario Julio Alsogaray y el juez Rodríguez Ocampo—luego de varios intentos infructuosos por desarticular la organización de los rufianes—quienes, impulsando una controvertida denuncia presentada por Raquel Liberman, dan el primer paso de lo que terminaría por ser la rápida y estrepitosa caída de la Zwi Migdal. No es un detalle menor que esto ocurriera en 1930, año del quiebre institucional y ascenso de la primera dictadura militar en Argentina. El cambio se imprimía galvanizando las conciencias con un discurso xenófobo que buscaba identificar al culpable de la crisis mundial y los males de la nación. La amplia penetración que este análisis simple y reduccionista tuvo, en vastos sectores de la sociedad porteña durante la década infame, fue la llave que permitió producir algunos de los mayores actos y movilizaciones del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán fuera de la Alemania nazi de Hitler.

Las huellas en el tiempo

El ordenamiento legal con que se trató de encuadrar la sexualidad en la ciudad fue dejando, al igual que las capas estratigráficas, el testimonio de los diferentes comportamientos colectivos y las maneras con que el gobierno comunal ha luchado contra los llamados males sociales. Las dudas, temores y dispares interpretaciones que estos desataban fueron continua materia de discusión y tensiones.

El Archivo del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires cuenta con una buena y bien catalogada cantidad de documentos relacionados con la prostitución en el siglo XIX. Allí se mezclan pedidos de habilitación, partes médicos, multas y denuncias con las que podemos seguir las huellas dejadas por los proxenetas en sus múltiples trámites municipales.

En las instituciones judías, junto a la dificultad para conseguir documentación, se suma la autocensura. El desprecio que el accionar de los rufianes despertaba en el resto de la comunidad judía de Buenos Aires tuvo un peso tan significativo en su época que ha sido transmitido a las siguientes generaciones, consiguiendo que el tema, hasta el día de hoy, siga generando la repulsa y el silenciamiento tanto dentro de la historia familiar como comunitaria. Además, hay que considerar el atentado a la AMIA, que destruyó algunos de los pocos documentos custodiados referidos a la participación de judíos en el comercio sexual y la trata de blancas. Los intentos que desde el interior de la propia colectividad se generaron para luchar contra este mal se vieron coronados con el trabajo de la Sociedad Israelita de Protección a Niñas y Mujeres, conocida en el ámbito comunitario como Ezras Noshim. Con gran esmero se confeccionaron cientos de prontuarios de cada uno de los judíos asociados con la prostitución, se denunciaron sus negocios y se ofreció protección a sus víctimas. Sin embargo, hoy en día esta documentación es casi inexistente y así perdemos la oportunidad incomparable, no solo de conocer más sobre las características y el accionar de los proxenetas sino, particularmente, sobre el sacrificio y el esfuerzo de quienes, faltos de medios y huérfanos del apoyo oficial, decidieron enfrentar a la poderosa organización tenebrosa.¹

¹ En las primeras décadas del siglo XX, se conocía con la denominación de “tenebrosos” a los tratantes de blancas y a los proxenetas.

En el repositorio documental de la Policía Federal Argentina, se puede tomar contacto con los Libros Copiadores de Notas. Estos voluminosos mamotretos daban cuenta de las novedades, ocurridas diariamente, en el radio de las manzanas custodiadas por cada seccional. Allí, con caligrafía no siempre clara, fueron quedando registrados los movimientos de hombres y mujeres que, en mayor o menor medida, fueron los gestores y organizadores del negocio de la prostitución. Las detenciones, sus señas particulares, la ubicación de sus locales, las disputas de poder y las relaciones que fueron trabando, han quedado expuestas con metódica escurpulosidad hasta en sus aspectos más mínimos.

No obstante, nos quedaremos con el deseo trunco si esperamos conocer detalles de lo sucedido en la mayoría de las comisarías porteñas, ya que solo se conservan los libros correspondientes a las primeras cinco seccionales. El resto de la documentación fue destruido por las filtraciones que se sucedieron en los empobrecidos estantes donde se apilaban estos invaluable tesoros.

Un breve comentario merece el tema de los prontuarios. Es sabido que muchos tratantes de blancas contaban con la complicidad de miembros corruptos de la fuerza, que se encargaban de borrar de sus antecedentes todo rastro de actividades ilícitas; o simplemente, como ocurrió en varios casos, los prontuarios eran robados del archivo policial. Al día de hoy, cuando se intenta consultar esta documentación, la Policía Federal Argentina refiere que es inexistente. Sin embargo, y contradiciendo lo anterior, la Oficina de Antecedentes es capaz de brindar datos de cualquier antepasado radicado en la ciudad, siempre que podamos probar nuestro vínculo familiar y justificar la necesidad de acceso a estos datos.

A estas fuentes primarias se suma la siempre fértil lectura de documentos de prensa que, con cada nuevo hallazgo, nos aportan la mirada particular en el momento de los hechos. Una investigación exhaustiva realizada en archivos, bibliotecas, cementerios y a través del testimonio oral de familiares directos, ha tenido por objetivo despejar las citas recurrentes que, sin ningún grado de veracidad, se repiten desde un cuestionable y dudoso origen. Los datos inéditos que vamos a ofrecer vienen, por sobre todo, a proponer un debate acerca de supuestos que, reiterados en el tiempo, habían tomado la apariencia de verdades y ahora comienzan a modificar situaciones que se creían cerradas.

Finalmente, debemos recordar que leyes y decretos del año 1936 ordenaron la destrucción de todo el material administrativo relacionado con la prostitución. Particularmente, el referido a la identidad de las mujeres, intentando de ese modo brindar cierto anonimato y permitir la reinserción a una nueva vida social y laboral.

Los primeros años de la Sociedad Varsovia y su historia posterior se encuentran fragmentados en tantos cientos de piezas que, a falta de conectividad entre ellas, muchas veces se ha recurrido a inventar teorías o ficcionar sucesos que las relacionen. El ejemplo más paradigmático es el de Noé Trauman, presidente de la Varsovia. En la vida real, fue prestamista usurero y explotador de mujeres, pero el paso del tiempo y la poca rigurosidad histórica con que se ha abordado su caso lo convirtieron en precoz activista político, luchador libertario, esclarecido dirigente y figura cuasiliteraria, compartiendo tertulias con Roberto Arlt en la confitería Las Violetas. Esperando escapar a la tentadora posibilidad de reproducir las historias, solo por el interés superficial que su dudoso carácter épico despierta y descreyendo de las apariencias que en primera instancia parecen coincidir con el cúmulo de relatos que giran en torno al tema de estudio, hemos dedicado años de investigación en los cuales, durante largos períodos, el único resultado al esfuerzo era comprobar la inexistencia de muchos de los hechos que se daban por ciertos. Finalmente, la energía aplicada en cada investigación, ha tenido como consecuencia el descubrimiento de nuevos archivos y materiales, que si bien ayudan a cerrar una puerta o despejar una duda, también terminan planteando una mayor cantidad de interrogantes a resolver.

Hoy brindamos este material y nuestra subjetiva mirada sobre los hechos que se analizan con el objetivo de aportar nuevos elementos de juicio para un tema que despierta constante curiosidad y mantiene vigencia hasta nuestros días. El deseo sincero que podemos confesar al escribir estas palabras es el de despertar el interés de los lectores en este controvertido capítulo de nuestra historia, construyendo juntos un puente de conocimientos que nos comunique con el pasado y nos dé los elementos para vislumbrar las consecuencias que, nuestras acciones como sociedad, tendrán en el futuro.